

Escuela de Socialismo  
„Eugenio González”

ACERCA DEL  
MOVIMIENTO  
OBRERO CHILENO

ENSAYOS N° 1

*E. SEPULVEDA O.*



# ACERCA DEL MOVIMIENTO OBRERO CHILENO

ENSAYOS N° 1

*E. SEPULVEDA O.*

## EXPLICACION

Los jóvenes socialistas refugiados en París venían reclamando, ya desde comienzos de 1980, una exposición sistemática acerca del nacimiento y de la historia de la clase obrera chilena. El renovado auge del movimiento obrero y popular del Continente, las grandes huelgas del Perú, de Brasil y de Argentina, los acontecimientos revolucionarios de Nicaragua y El Salvador, con sus formas de lucha insurreccional y armada de masas, los renovados vientos de la lucha popular en Chile, así como la movilización política y orgánica del Partido a raíz de su XXIV Congreso los llevó -no a la desesperación- sino al deseo de ahondar en el estudio de nuestra rica historia social, para mirar -cara a cara- la larga trayectoria obrera y socialista, nutrida de errores y de aciertos, de avances y retrocesos, culminados con la derrota profunda del 11 de Septiembre de 1973.

La serie de charlas y la discusión que las siguió, plantearon la necesidad de redactar, en forma coherente, los apuntes que les sirvieron de base. Tal es la explicación de estos "Ensayos". La brevedad del tiempo y las condiciones del exilio han limitado las posibilidades bibliográficas. De modo que, aparte de algunos libros de Julio César Jobet, de Ramírez Necochea, de Marcello Segall, tomamos como textos para la exposición la "Interpretación marxista de la Historia de Chile" y el trabajo mimeografiado "Génesis y evolución del movimiento obrero chileno hasta el Frente Popular" de Luis Vitale, no solo por la riqueza de sus citas e informaciones, sino por la calidad de sus ideas.

Hay una razón más. El XXIV Congreso del Partido Socialista de

2

Chile resolvió superar el nivel ideológico y político de los militantes del interior y del exilio mediante el trabajo de una Secretaría Ideológica encargada de estructurar la Escuela de Socialismo "Eugenio González", capaz de estimular la voluntad de conocer y analizar, en forma crítica, nuestra fecunda historia social. Como la Historia del Movimiento Obrero constituye uno de sus pilares, la forma final de estos "Ensayos" quiere cumplir con esa tarea, no para formular dogmas o categorías congeladas, sino para estimular la búsqueda de las fuentes y el desarrollo de un pensamiento crítico y creador, capaz de hacer del marxismo llama viva y humanismo trascendente.

Creemos que el materialismo dialéctico, enraizado en "lo real y concreto", nos proporciona -más que una doctrina-un rico instrumento de análisis y de síntesis. Su orientación genética y evolutiva, su criterio relativista, su comprensión de la diferencia entre las transformaciones cuantitativas y cualitativas nos facilitan la comprensión histórica, cuya raíz está en el hombre mismo y en su condición de sujeto social activo de una encarnizada lucha de clases. Su método globalizador nos ha guiado para perfilar el nacimiento y el tránsito tormentoso del movimiento obrero chileno, así como sus especificidades concretas, que lo hacen vivir y recorrer un camino diferente al del proletariado europeo.

Tal como lo señala Marx en "El Capital", éste nació en relación directa a la marcha de los talleres y manufacturas urbanas y burguesas. Fueron su matriz indudable. Cuando el capitalismo comercial y el mercado mundial en expansión habían hecho camino, ocurre el "salto" histórico signado por la "acumulación originaria" que, en América Hispánica, rubrica el período de la Conquista y los comienzos de la Colonia, para allegar fuego a su transformación en el capitalismo moderno. De modo que este tránsito no fue el producto de una "transformación interna", sino que se nos impuso desde "afuera", y nos llegó junto con las mercancías importadas con los libros y la cultura foránea, traídas, en parte, de España y Portugal y de Europa Mediterránea. En cambio, nos exigieron metales preciosos, productos mineros y alimenticios. Nuestro país fue fuente propicia y abundante de

los primeros, porque no en balde existía su riqueza mineral, la tradición de trabajo minero que el Incario había desarrollado y la inmensa multitud de indios arrancados de cuajo de la tierra materna para esclavizarlos hasta el genocidio. Los primeros núcleos obreros del Norte, crecidos lentamente, alejados de los centros urbanos y del mundo cultural, surgirán -mediante la ruptura de la continuidad- como herederos de la mita y de la encomienda.

No es de extrañar que la búsqueda del acta bautismal del proletariado nacional sea tarea difícil. La historiografía de las clases dominantes se ha encargado de ocultarla, no solo para evitar la vergonzante confesión de sus pecados, sino para privilegiar el relato que la "justificación", así como para santificar la alianza entre la oligarquía terrateniente con el sector "comprador" que la ligaba al mercado internacional. Esta constante se tradujo, a lo largo de los años, en "ideología" adecuada capaz de explicar como hecho "natural y necesario" el imperio de una economía agro-minera exportadora dependiente del mercado mundial.

## NUESTRO ATRASO HISTORICO

Vitale ha sido el primero en intentar una "Interpretación marxista" de nuestra historia. Combate el mito de nuestra "feudalidad" (ya Gabriela Mistral había dicho que "no habíamos vivido los siglos del feudalismo europeo"). Jerarquiza la dinámica del proceso capitalista mundial gravitando sobre nuestra realidad específica. Y busca en la explotación minera el "polo dinámico" del desarrollo capitalista nacional, dentro de las condiciones específicas del atraso. Tal es su viga maestra, apoyada en los pilares de la ley del desarrollo desigual y combinado, que le permite formular una interpretación de nuestro proceso económico y social, y le abre la puerta para estudiar el "Ascenso y declinación de la burguesía minera (1860-1890)" con el crecimiento correlativo del proletariado minero de la época.

Indudablemente, la dinámica capitalista, perforó durante décadas la estructura económica y la formación social, andando la

Colonia. Pero no las "cambió"...sino lentamente. Porque permaneció en pie la atrasada estructura económica y la formación social, legados, más que por el feudalismo, por su decadencia española. Que nos trajo relaciones sociales y de propiedad feudales o semi-feudales, la lenta pobreza del desarrollo, la petrificación agraria y la economía pastoril, las "artesanías toscas y sin principios" de las cuales hablaría Manuel de Salas. Por otra parte, actuó en tal sentido la brutal despoblación, herencia de la encomienda y de la mita, agravada por la caza de esclavos indígenas durante la larga guerra, por la resistencia a trabajar una tierra que les había sido arrebatada, por el hambre y las enfermedades que perfilaron el genocidio, y que redujeron por largo tiempo el volumen de las fuerzas productivas.

No es de extrañar, pues, que nuestra clase obrera empiece a formarse más bien a comienzos del siglo XVIII, específicamente en las minas. Clase dispersa en ese siglo y en los comienzos del XIX, va concentrándose y saliendo del estado embrionario en el trabajo de la plata y del cobre, para tomar vuelo-posteriormente- en el salitre, hasta llegar a las grandes huelgas de la década del 80, culminadas en 1890 con "la primera huelga nacional" -como la llama Segall-. Los obreros irán a las sociedades artesanales, de tipo democrático y reformista, cuya expresión más alta será la Sociedad de la Igualdad, y no a la organización sindical, ya existente en Europa. Las ideas socialistas apenas les llegan. Forman la "clase en sí" de que habló Marx. Este atraso en la organización sindical y política proletaria es consecuencia del atraso general del país, de la marcha lenta del capitalismo, del camino agro-minero exportador escogido por la oligarquía, de la política de las clases dominantes tendientes a mantener la incultura y la ignorancia política en las masas del pueblo. Recordemos, para comparar, que ya en las jornadas de 1848 en Europa la clase obrera se presentó como sujeto histórico independiente, que ese mismo año se publicó el "Manifiesto Comunista", que en 1864 se fundó la Primera Internacional, que "El Capital" salió a la luz pública en 1867, y que en 1871 París había vivido la extraordinaria experiencia de la Comuna adueñada del poder.

Este período largo del nacimiento y de la infancia del movimiento del movimiento obrero chileno se cierra en 1891. Reprimido el año anterior por el gobierno de Balmaceda, víctima del gran paso atrás que subsigue a la derrota del proyecto nacionalista del Presidente mártir, asfixiado por las tenazas de la expansión y de la modernización técnica de las salitreras, ahora en manos inglesas, el proletariado se repliega y conoce la nueva hora de sus "sindicatos en resistencia" (alentados principalmente por los anarquistas), y de la formación de sus núcleos socialistas. Solamente en la segunda década del siglo XX adquiere el carácter de "clase para sí". En 1912 se forma, en todo Chile, el Partido Obrero Socialista (P.O.S.) con Recabarren como guía, y en 1919 la Federación Obrera de Chile, hija de las Mancomunales, se transforma en organización sindical revolucionaria a escala nacional (Tercer Congreso). En Enero de 1922, el P.O.S., por abrumadora mayoría, se convierte en Partido Comunista y se afilia a la III Internacional.

Estos "saltos" históricos de la clase obrera chilena son algo más que una constante de su existencia. Están en relación directa con cambios bruscos de la situación social o política. El final de la primera guerra mundial desembocó en una poderosa oleada ascendente del proletariado internacional, en la toma del poder por los obreros y campesinos rusos bajo la dirección de los bolcheviques, en el fervor multitudinario de los universitarios de América Latina en lucha por la Reforma Universitaria y la unidad Continental, en el renovado entusiasmo popular por la aparición de un marxismo capaz de arrojar al basural las traiciones de la Segunda Internacional.

Empujadas por esta oleada, las capas medias y las masas populares, así como la débil burguesía nacional, radicalizaron sus objetivos y su lenguaje, uniéndose en la Alianza Liberal. Decididas a impedir que el movimiento obrero y socialista caminara hacia una revolución social, atemorizaron a los partidos oligárquicos con el fantasma de una "revolución" si no daban pase a sus reformas democráticas y a la opción "populista" que representaban.

Este flujo mundial del movimiento obrero revolucionario tuvo una expresión decisiva con el triunfo de la revolución de Octubre y modificó profundamente el panorama social en todo el orbe. Los 4 primeros Congresos de la Tercera Internacional, en presencia del cambio de la relación de fuerzas entre las clases, proclamaron la bancarrota orgánica del capitalismo y plantearon el problema de la toma del poder, precisando la naturaleza del Estado en todos los Continentes. Sin embargo, a raíz de derrotas importantes de la clase obrera en Europa, y en presencia de las dificultades acrecidas de la U.R.S.S., el ascenso revolucionario cedió el paso a un equilibrio precario, para pasar a convertirse en una prolongada oleada descendente y regresiva. La muerte de Lenin en 1923 puede señalarse como fecha clave para señalar el tránsito entre uno y otro período. En Chile, el proceso venía madurando desde 1923 y se hace evidente en 1924, año de la muerte de Recabarren.

Privado del apoyo de las masas populares, cargando a su haber una negra historia de represiones, la Alianza Liberal perdió su base de sustentación y debió enfrentar la contra ofensiva de la Coalición Conservadora-Liberal. Su programa de transformaciones políticas democráticas, aún con un parlamento alessandrista mayoritario, quedó empantanado. De ahí a la conspiración reaccionaria y al alzamiento oligárquico mediaba un paso, que la Coalición franqueó rápidamente. En definitiva, fue Carlos Ibáñez del Campo, a la cabeza de las Fuerzas Armadas, quien se apoderó del gobierno hasta 1931. En realidad, el desplazamiento político de la antigua fracción agro-minera, aliada al imperialismo inglés había quedado inscrito con el hundimiento de la explotación del salitre, con el debilitamiento mundial de Inglaterra y con el ascenso fulgurante de los Estados Unidos, decididos a marchar a paso de carga sobre el Continente. La dictadura militar de Ibáñez optó por el nuevo colonizador, se aprovechó de la relativa estabilidad económica y de los préstamos norteamericanos para imponer un bonapartismo que contaba a su favor con el retroceso obrero, con la crisis interna del Partido Comunista y su carencia revolucionaria.

## UNA ALTERNATIVA DE PODER

Ibáñez enfrentó la grave crisis de 1929-32 habiendo perdido el apoyo de la vieja coalición conservadora-liberal y con el desprestigio general, agudizado por su fracaso y por sus represiones anti-obreras. Pero la crisis social resultante no provocó el estallido de un gran movimiento de masas en el país, pese a las protestas y a las acciones de combate llevadas a cabo en esos días. Al hundirse la dictadura militar, la oligarquía pretendió administrar el vacío de poder llevando a la Presidencia de la República al radical Juan Esteban Montero, que escondía, tras su sonriente abulia, su reaccionarismo real, hasta que el 4 de junio de 1932 sectores populares de orientación socialista, apoyados por un sector de las Fuerzas Armadas, llevando un avanzado programa democrático-revolucionario, se levantaron en armas y se tomaron el gobierno para proclamar la "República Socialista". Tal viraje de la situación política, en medio del creciente descontento popular, constituyó - más tarde - factor fundamental para la fundación del Partido Socialista en cuanto vanguardia revolucionaria obrera y popular, en una época en que ella no existía, dada la pequeñez y el aislamiento de las masas del Partido Comunista. Doce días después, los viejos partidos burgueses, aliados a la oficialidad reaccionaria de las Fuerzas Armadas, dieron el contra-golpe para revertir el proceso.

La decadencia y la debilidad del imperialismo inglés, el hundimiento progresivo y sin vuelta de la industria salitrera, el derrumbe de la oligarquía terrateniente y de sus mercados, la confusión del sector industrial, crearon las premisas para el agotamiento del antiguo modelo de acumulación y desarrollo, sumiendo al país en un verdadero "vacío de poder". La insurrección de la marinería en 1931 y el golpe del 4 de junio, rubricaron el hecho de que el descontento de los trabajadores y de las capas medias arruinadas y sin trabajo, con su impulso combativo, no significaba - automáticamente - luz verde para una profunda revolución socialista. La política sectaria del Parti

do Comunista, que combatió al gobierno del 4 de junio, que se "salto" torpemente las consignas nacionales y democráticas para constituir "soviets" ficticios de obreros, campesinos, soldados y marineros, no allegó fuego a la oleada popular y contribuyó, más bien, a la división de los trabajadores. Tampoco la Izquierda Comunista tenía fuerzas suficientes, pese a su "apoyo crítico" a Grove, para arrastrar a las masas.

La crisis económica y social no generó, pues, un auge revolucionario de magnitud de la clase obrera. Para ello hubiera sido necesaria la existencia de una circunstancia histórica favorable, de un poderoso ascenso de las masas obreras y campesinas, de la presencia del factor político subjetivo perfilado por la existencia de una vanguardia capaz de interpretar los profundos anhelos populares, dotada de un programa, de una organización y de una voluntad revolucionaria de poder, tal como lo había demostrado la revolución rusa. Pero la crisis global de Chile en 1929-32 encontró a la clase obrera en medio de un retroceso mundial de magnitud, sin una organización sindical fuerte, con un Partido Comunista salido de la clandestinidad dividido y con su mayoría oficialista sectariamente separada de las masas y de la realidad, pese a su repetición majadera de que "era el Partido proletario único e indiscutible". De modo que el 4 de junio puso en evidencia, mucho más la extrema debilidad de las clases dominantes que la fuerza real de las masas pese al volumen de sus protestas.

Aterrorizada por el gobierno de Grove-Matte Hurtado, por la orientación socialista de los hombres del 4 de junio, por el temor de un más vasto ascenso popular, la oligarquía impuso la "unión sagrada" a Conservadores y Liberales, a Radicales y Demócratas, a fin de revertir profundamente el proceso ya iniciado por la oficialidad reaccionaria de las Fuerzas Armadas, con la interesada "ayuda" del viejo León de Tarapacá.

Hundido el salitre, con la explotación del Cobre en expansión, sin los mercados tradicionales para la agricultura, con el reemplazo agresivo del imperialismo inglés por el norteamericano,

el "modelo agro-minero exportador" se derrumbó. La urgencia de substituir importaciones condujo a un programa industrializador más amplio que el ocurrido entre 1918 y 1929. Terratenientes y banqueros miraron hacia la inversión en las industrias como tabla de salvación. Ahí estaba la fuerza de trabajo ociosa, el contingente masivo de inquilinos y de peones agrícolas expulsados hacia las ciudades. Es decir, una mano de obra barata para una industrialización precaria, capaz de privilegiar la obtención de la plus valía absoluta más que la relativa, por la baja composición orgánica del capital. Esta "integración" de banqueros, terratenientes, comerciantes e industriales, ya unidos por razones de clase y por el temor al hundimiento total de su poder de clase, apoyó la puesta en marcha de un nuevo modelo de desarrollo y de acumulación, inédito para el país atrasado. Tal solución necesitó de las muletas del capitalismo de Estado para caminar y consolidarse. El crecimiento de las ciudades, el auge de la burguesía urbana industrial y comercial, el franco aumento de la población urbana frente al estancamiento de la rural, de los obreros adscritos a las medianas y pequeñas explotaciones, de los obreros y empleados fiscales y semi-fiscales, del amplio sector terciario, es su obligada consecuencia. Una vasta franja de la pequeña burguesía y de capas medias de diferentes niveles da al país una renovada estructura social. Es el período en que se forman, no sin el impulso unitario socialista, dos centrales sindicales (C.T.CH. y C.U.T.), en que aparecen las organizaciones sindicales de las capas medias, en que los trabajadores jerarquizan los sindicatos por industria, en que se consolida el Partido Socialista y crece el P. Comunista, y en que se dan condiciones objetivas y materiales para que - en medio del equilibrio inestable de fuerzas creado por el nuevo modelo de desarrollo - se convierta en posibilidad la creación del Frente Popular. Vale decir, se lleve al movimiento nacional y popular, fuerte ya por su organización y política de clase, por los caminos de un "populismo" cuya hegemonía y programa quedaba en manos de la burguesía radical. Vitale designa este período como el paso "De semicolonía inglesa a semicolonía norteamericana (1891-1970)".

A este propósito, conviene decir que el carácter "dependiente" de Chile ha sido una constante de su historia. Pero no constituye una categoría abstracta y congelada, como pretenden los autores oportunistas de la "teoría de la dependencia". Porque la evolución histórica le ha impreso contenido y significación específicos y cualitativamente diferentes con el paso del tiempo. Imposible desconocer o negar el "salto cualitativo" del sistema ocurrido cuando la transformación del capitalismo en el imperialismo moderno, en el último cuarto del siglo XIX. Como apuntara Lenin, el capital financiero, hijo legítimo de la unión de los grandes bancos e industrias, se lanzó hacia la periferia atrasada del Asia, del Africa y de América Latina, con renovado impulso en busca de materias primas, de más amplios mercados de consumo y de zonas aptas para la colocación de sus capitales. Allí donde le fue posible, practicó un colonialismo desnudo, a la luz del día, y cerró la vía a la autodeterminación de las naciones y a la constitución de Estados independientes. Pero, en América Latina, debió aprovecharse de la independencia política formal, de la realidad de sus diferentes estados y de la balcanización, para llevar adelante sus objetivos de dominación. Su aliado natural fue la vieja y reaccionaria oligarquía continental. Y su política siempre combinó el garrote y el guante de terciopelo, la intervención militar abierta y las promesas democráticas.

Nada certifica mejor esta trayectoria que la historia del salitre. Industria en manos de capitalistas chilenos hasta la guerra del Pacífico, pasa - aceleradamente y en forma masiva - a manos inglesas en las dos décadas siguientes. De modo que el polo dinámico de nuestro desarrollo es DESNACIONALIZADO, y pasa a convertirse, gracias al entreguismo oligárquico, al aventurero Mr. North y al imperialismo inglés, en propiedad foránea. Este incremento específico de la dependencia, ahora al imperialismo, entraña un "salto histórico" que la contrarrevolución de 1981 santifica. Tal tipo de "dependencia" no cambia, fundamentalmente, hasta 1970.

## EL CAPITALISMO DE ESTADO

Era necesaria una derrota política popular para la consolidación del poder político de las masas dominantes. Carlos Dávila ligado a los Estados Unidos, fue el encargado de dirigir el contragolpe que terminó con la República Socialista y sus doce días. Poco a poco, la oligarquía capitalista conduce el país a la "pacificación social" y a la restauración constitucional, echando mano del León de Tarapacá y del fantasma de su pasado demagógico. Al tiempo que se convierte en albacea testamentario de un tiempo sin vuelta, que se "somete" al nuevo colonizador imperialista norteamericano, que apoya el proceso industrializador en curso, que reprime al movimiento obrero y popular y centra sus ataques contra el Partido Socialista, que debe convivir bien o mal con un movimiento creciente de organización sindical, este gobierno agota sus posibilidades políticas ante el reclamo del sector más democrático de la burguesía nacional que, ayudada por el Partido Comunista, constituye una coalición bajo su hegemonía bajo las banderas populistas del Frente Popular, pese a las resistencias del Partido Socialista.

La guerra mundial de 1939-45 viene a alterar -una vez más- el panorama nacional. Como toda crisis del imperialismo, la guerra paraliza el comercio, disminuye la posibilidad de importar maquinarias y equipos, obliga a la burguesía a buscar en la ampliación del mercado interno una salida. Pese a pagar el imperialismo 500 millones de dólares en calidad de "contribución obligada" a la guerra, gracias a la mantención de un precio bajo del Cobre, el proceso industrializador tomará vuelo y marcará con su impronta las décadas del 50 y del 60.

Estado Unidos se "adapta" a la nueva realidad y privilegia la venta de sus maquinarias y equipos, de sus repuestos, del "arriendo" de su tecnología, de sus empréstitos leoninos, de sus inversiones. Hacia la década del 60, al producirse la parálisis y el agotamiento de las industrias tradicionales ligadas al consumo interno (textil, cuero y calzado, metalurgia liviana,

alimentos, etc.), que exigen mano de obra barata, las transnacionales -con la ayuda de los monopolios criollos- ya se han abierto camino hacia las industrias "dinámicas" (línea blanca, automotriz, petroquímica, metal-mecánicas, etc.), que exigen un aumento substancial del capital constante y una más alta tecnología, así como una mayor calificación y concentración de la fuerza de trabajo (con una disminución absoluta y relativa de la mano de obra).

Este cambio de la estructura económica, esta "adaptación" del imperialismo norteamericano, esta "integración" de toda la burguesía chilena en grandes empresas monopólicas, abre la puerta para que los Estados Unidos proyecten sus inversiones al corazón industrial chileno. Pero entraña -también- un grado más alto de unión entre los terratenientes, banqueros, industriales y grandes comerciantes, así como una etapa superior de dependencia frente a las transnacionales. El primer violín de la orquesta lo constituye ya, sin duda alguna, el imperialismo norteamericano, adueñado de la Gran Minería del Cobre, de las palancas de comando del comercio internacional, del crédito público y privado, de las industrias más concentradas y poderosas. El eje social de la coalición está en manos de los monopolios y, específicamente, del sector bancario e industrial, más que de los terratenientes o de la burguesía agraria.

El Estado hipertrofiado desempeñó papel básico en el rodaje de la producción y de la distribución. Hacia el fin de la década del 60, representaban más del 65% de la inversión geográfica bruta y controlaba gran parte del capital fijo a través de las empresas fiscales y semifiscales. En la cúspide de la Administración Pública, una ancha franja de capas medias altas y medianas formaban sostén del régimen. Junto a los empleados y tecnócratas mejor pagados de la industria y del comercio, a la alta oficialidad de las Fuerzas Armadas, formaban un sector más cercano de la oligarquía que de las masas populares o de las capas medias pobres.

El proletariado industrial y minero pasa a ocupar el eje y la vanguardia de la clase obrera. Miles de obreros y de empleados

del comercio, de los servicios públicos y semifiscales, de obreros agrícolas y de artesanos, de trabajadores de las pequeñas industrias y talleres, forman el subsuelo social de Chile. Hasta que no viene el agotamiento de este modelo de desarrollo, hasta que no aparece el "ejército de reserva industrial" que trae el curso expansivo de las industrias dinámicas, y miles de inquilinos y peones agrícolas desplazados hacia las ciudades pasan a formar un amplio sector marginalizado, no integrable a la producción, no se produce un quiebre profundo del sistema.

En verdad, existía un equilibrio inestable de fuerzas entre el imperialismo norteamericano y el país atrasado en vías de industrializarse, entre la burguesía urbana y las rémoras del atraso impuestas por la oligarquía agraria, entre el conjunto de las clases dominantes y el movimiento obrero y popular, fuerte sindical y políticamente. Tal equilibrio se mantuvo después de la segunda Guerra Mundial, a pesar de las represiones contra el movimiento obrero, sus sindicatos y sus partidos. De modo que, bajo la cubierta de la democracia parlamentaria y de la legalidad burguesa, se dió la negociación en los conflictos obrero- patronales más que los enfrentamientos revolucionarios. La política colaboracionista del Partido Comunista, cubierta públicamente con la teoría de la "revolución en etapas" y de la línea de "liberación nacional", ayudó a mantenerlo, pese a que el Partido Socialista derivaba -cada vez en forma más abierta- hacia una política de poder de los trabajadores y de transformación socialista de Chile. El "populismo" del Frente Popular y de los gobiernos radicales que lo siguieron, del segundo gobierno de Ibáñez y, finalmente, de la Democracia Cristiana, se basa en esta realidad histórica. Es indudable que la línea de Frente de Trabajadores, así como las resoluciones del Congreso de Chillán del Partido Socialista, fueron llevadas adelante en lucha con la política tradicional del P. Comunista y con el peso castrante del populismo.

La balcanización del Continente, la estrechez del mercado interno y las dificultades reales para ensancharlo, las exigencias de las transnacionales y de los monopolios criollos, la encarnizada lucha de las masas populares para mantener sus ni

veles de vida y sus derechos democráticos, crearon los requisitos para que el equilibrio inestable se rompiera. La Democracia Cristiana depositó en el altar de las industrias "dinámicas" sus sueños demagógicos, planteando su derecho exclusivo - sin alianzas estratégicas con la clase obrera y las masas populares - a dirigir los destinos del país.

El crecimiento y radicalización de las masas se hicieron mayores al finalizar el gobierno de Frei, cuando en el horizonte se dibujaba la crisis social de finales de la década del 60, y cuando se vió que -más allá de la "expansión" chilena- estaba la bancarota orgánica del capitalismo y la crisis crónica de Chile, agravada por las particularidades de su atraso. Nada tiene de extraño que las clases dominantes se dividieron frente al camino a seguir. Mientras la Democracia Cristiana se convertía en portavoz de las transnacionales, de una industrialización forzada "hacia afuera" de una tímida reforma agraria, de una separación tajante de clase frente a las masas, la vieja oligarquía agrupada en el Partido Nacional, buscaba -febrilmente- una profunda vuelta atrás, hacia el antiguo modelo agro-exportador y una sumisión más estrecha al imperialismo norteamericano y sus transnacionales.

Esta situación cambió cuando los Estados Unidos y las clases dominantes chilenas comprobaron que, tras el gobierno de la Unidad Popular, estaba el peligro de que la clase obrera y las masas populares tomaran el poder y pusieran proa al socialismo. Arrojaron al basural de la historia su democracia y su respeto fariseo por la legalidad, para apoyar abiertamente el golpe militar reaccionario y pro-imperialista del 11 de septiembre de 1973.

## EL FRENTE DE TRABAJADORES

Hacia fines de la década del 60 ya era claro que la situación económica se deterioraba, que el descontento de las masas trabajadoras se convertía en una ofensiva abierta, que el país estaba proyectado hacia una radicalización de la lucha social de

clases. Al finalizar el gobierno de Frei los trabajadores reclamaban el poder más que el gobierno, y el socialismo, más que la democracia tradicional.

La historia del Partido Socialista de Chile, que había conocido y repudiado el colaboracionismo del Frente Popular, demuestra que ya en 1947 fijó una posición tajante en la "Fundamentación teórica del Programa del Partido Socialista", al decir que....  
 .."El giro de los sucesos mundiales y la urgencia de los problemas internos no dan ocasión para esperar. Por ineludible imperativo de las circunstancias históricas, las grandes transformaciones económicas de la revolución democrático-burguesa -reforma agraria, industrialización, liberación nacional - se realizarán, en nuestros países latinoamericanos, a través de la revolución socialista". Para agregar, más adelante: "El proceso de unificación latinoamericana, mirado con perspectiva socialista, implica el desarrollo concertado de nuestros recursos económicos con miras a nuestra liberación del imperialismo. Los pueblos de la América Latina, integrados en una comunidad de naciones socialistas, constituirán un factor decisivo para el porvenir del mundo".

Esta orientación estratégica y programática dió luz verde a la búsqueda del sujeto histórico concreto capaz de llevarla adelante. El XVI Congreso General del Partido, efectuado en Valparaíso a fines de Octubre de 1955, concretó la "Tesis del Frente de Trabajadores" enunciada anteriormente en forma confusa. Posteriormente, será el XXII Congreso, realizado en Chillán, en 1967, el encargado de precisar sus contornos para una coyuntura favorable.

La línea de Frente de Trabajadores no abarca sólo una política de alianzas. Se basa en la "Fundamentación teórica del Programa" de 1947, que condenó la colaboración de clases y constató el fracaso histórico de la débil burguesía nacional para llevar adelante siquiera las tareas de la revolución democrático-burguesa. Por otra parte, certifica la naturaleza capitalista y burguesa del Estado y su papel de instrumento de la opresión

y explotación a su servicio y contra los trabajadores. Finalmente, orientó al Partido en el sentido de que la lucha al interior de legalidad burguesa, era solo parte de la lucha de clases, que conduce a los trabajadores a la conquista del poder y les plantea que es justa la vía insurreccional para pasar, ininterrumpidamente -desde las conquistas democráticas al socialismo.

El socialismo chileno, sin embargo, no ha llegado a esta meta y a su aplicación, separado de las condiciones históricas en que le ha correspondido actuar, ni ausente de los cambios y de las enseñanzas políticas que le han llegado de los Continentes atrasados, y en particular, de América Latina. Tampoco ha podido desconocer teórica y prácticamente las profundas diferencias estratégicas que lo separan del Partido Comunista.

Jamás abandonó el P. Comunista su tesis de "liberación nacional". Es decir, su voluntad de colaboración real con la burguesía nacional, de caminar hacia el socialismo "por etapas", de someter a las masas populares a la institucionalidad y la legalidad capitalistas. De modo que sus pactos y alianzas con el E Socialista estuvieron subordinadas a esta opción.

El socialismo chileno vivió, sin embargo, la herejía yugoeslava y comprendió su impulso revolucionario y su derecho a buscar una vía independiente de Stalin. Supo, más tarde, del impacto explosivo de China, que se lanzó a la revolución social y a la conquista del poder desobedeciendo a Stalin, empeñado en que se sometieran a su burguesía nacionalista. Comprendió el valor histórico de la revolución popular y socialista de Cuba, y asimiló su enseñanza insurreccional y armada. El fracaso de la guerrilla y de la teoría del foco, con la muerte del Ché en 1967, no lograron detener su maduración autónoma.

En 1972, el compañero Salvador Allende, en su Segundo Mensaje al Congreso Nacional, colocado ante la realidad social y su compromiso de "respetar la legalidad democrática", abordó el dilema de las masas y de Chile al decir: "...La gran cuestión

que tiene planteado el proceso revolucionario que decidirá la suerte de Chile, es si la institucionalidad actual puede abrir paso a la de transición al socialismo".

Marx había dicho ya que las clases dominantes jamás entregan el poder y sus privilegios sin una áspera guerra civil, sin una lucha encarnizada por conservarlos. Las clases dominantes chilenas, sus partidos más genuinos, el imperialismo norteamericano y sus transnacionales, los oficiales de las Fuerzas Armadas y de Carabineros "norteamericanizados" en Panamá, las capas superiores de las capas medias comprometidas con el aparato estatal, dieron la respuesta al pasar con sus aviones y sus tanques por encima de las democracia y de la legalidad, en vistas de impedir el tránsito de Chile hacia el poder de los trabajadores y el socialismo. El trágico error de la Unidad Popular, aferrado a él hasta el último minuto, se hizo fuego y humo con el bombardeo de La Moneda y el martirologio de Allende, al tiempo que la Democracia Cristiana enterraba irremediablemente su fe democrática.

Pinochet ha llevado a Chile hacia un nuevo modelo de desarrollo a un antagonismo aún más profundo entre las clases dominantes y las masas explotadas y oprimidas del pueblo. La nueva Constitución autoritaria e ilegítima, así como la institucionalidad de hoy, están hechas -precisa y taxativamente- para no abrir paso al socialismo. Para obligar a la Democracia Cristiana a someterse a las horcas caudinas de la Constitución castrada y de una oposición legal, no insurreccional.

Estos "Ensayos" no pretenden otra cosa que estimular el interés de los militantes en la búsqueda de la génesis del movimiento obrero y popular del país, de su rica historia de lucha de clases, de su paso de "clase en sí" en "clase para sí", de la evolución económica de Chile. El factor subjetivo en la lucha social cobra, en la hora de la bancarrota del capitalismo y de una profunda lucha de clases a escala mundial, en la época de transición que vive la humanidad entre el capitalismo y el socialismo, una importancia de mucho mayor magnitud que la

de las épocas "tranquilas" del sistema. De ahí que la expresión más alta y concentrada de la lucha de clases, que es el Partido de vanguardia, adquiere una jerarquía esencial.

Nada será mejor para nosotros que el contribuir a levantar los cimientos de un programa y de una estrategia capaces de hacer caminar a Chile, nuestra Patria insumisa, por el camino de una auténtica revolución socialista y no de una caricatura de revolución.

marzo, 1981.